

mo lo habrás notado ya, se encuentra perturbada, he sentido levantarse esta payorosa pregunta, severa como una acusación, terrible como un cargo,

Un dardo de fuego has dejado escapar, querida mía, y que ha venido á clavarse en mi pecho, al recordarme el día feliz, el día inolvidable, el día único en que verdaderamente he gozado en mi vida: el día de mi Primera Comuni6n!... ¡Ay Elvira de mi alma! de esta herida están manando raudales de sangre, pero esta sangre corre por mis ojos bajo la forma de lágrimas. . . . devoci6n, afectos, prop6sitos, fervor, esperanzas, amor divino. . . . todo lo que me rode6 entonces y que tanto embelleci6 mi alma, lo he perdido en los salones y en los espectáculos; pero todo voy á recogerlo pronto, muy pronto, para no dejarlo perder nunca, en la Santa Casa de Ejercicios, cuya entrada es mi ideal, mi ilusi6n, mi esperanza, el bien único que ambiciono en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios. . . . ¿Es verdad que me lo concederá?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

do el abundante fruto que de ellos sacaste, y sin embargo, tiemblo cuando al leer por centésima vez tus primeras cartas, veo en ellas tu resoluci6n de salirte. . . . ¡Cuán encarnizada estuvo contigo la tentaci6n! ¡Cuán prolongada fué la lucha! ¡Qué maternal estuvo contigo la gracia! . . . . Permíteme, amada mía, que una vez más y con toda la efusi6n de mi cari6o, te felicite.

Me dices que sentías «un poco el frío,» y que te quedaste «recibiendo los tibios rayos del sol que empezaban á bañar la parte Sur del edificio,» y yo veo tu alma, presa del frío del mundo, cuyo espíritu aún te tenía sujeta, recibiendo el calor de ese Sol de Justicia, en cuyo fuego tu corazón ahora se abrasa y por tus cartas se ha comunicado al mío, pues ya me parece sentirlo arder en esas llamas.

Al hablarme de ese frío que sentías y de ese fuego en que te estabas calentando, estableces un paralelo entre tu situaci6n y la del discípulo que negó á su

cuando me enteré de que habías entrado á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-



Maestro; ¿me permites, amiga mía, que te manifieste mi inconformidad con este paralelo?

Si me lo permites; y contando con tu autorización te diré que en lugar de un paralelo encuentro muchas desemejanzas.

Pedro estaba calentando su cuerpo; con el fuego material, encendido por mano de hombres; tú empezabas á calentar tu espíritu en el fuego sobrenatural sostenido por la mano de Dios; Pedro estaba en la Casa de un magistrado corrompido; tú en la casa del Santo de los santos: Pedro estaba en el Palacio de la justicia humana; tú en el de la Misericordia divina: Pedro estaba en el Tribunal en que se lleva al reo para notificarle el castigo; tú en el Tribunal en que se llama al culpable para concederle el perdón: Pedro estaba entre los enemigos de Dios; tú, entre sus amigos predilectos: Pedro iba á recrear su gusto halagando su sensualidad; tú, á con-

esperanza, el bien único que ambiciono en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios. . . . ¿Es verdad que me lo concederá?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

trariar el tuyo con el fuego de la mortificación y de la penitencia: Pedro seguía de lejos á Jesús; tú te habías acercado á Él. . . . Por eso no habrías negado como no negaste; y por eso te dejaste conducir por la gracia, y por eso logras-te tan abundante y sazonado fruto.

Esa necesidad que tú me dices les encareció el Padre que les dió las Pláticas Doctrinales, de no resistir al llamamiento divino, la estoy sintiendo, pues me la han hecho. . . . ¡qué digo! me la están haciendo sentir tus amadas cartas, que han sido para mí un verdadero, sonoro, eficaz, y terminante llamamiento. Yo lo he escuchado y estoy dispuesta á seguirlo, pues en cuanto haya una tauda, entro porque entro.

Las oportunas y juiciosas reflexiones que me haces respecto de Santa Juana Franciscana de Chantal, me han dado una gran luz sobre la actitud que debemos tomar en Sociedad para poner un dique á la irreverencia, por no decir la blas-

sa de entrar á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-



femia, que es la esencia de las conversaciones, y de las agudezas, y de los rasgos de ingenio, y de cultura, y de ilustración, de que tanto alarde hacen esos jóvenes y no jóvenes insustanciales que tanto abundan, que toman por entero nuestros salones y que por todas partes nos siguen los pasos. Yo creo que si nos propusiéramos reprimir sus desmanes, lo conseguiríamos con muy poco trabajo. El empeño de todos ellos es quedar bien delante de nosotras y agradarnos; así es que haciéndoles comprender que quedan mal y que nos fastidian, tendrían que cambiar de rumbo; pero nuestra debilidad, nuestro sistema de contemporizaciones, nuestra verdadera compliidad, los alienta y los estimula; pues nuestra desaprobación, si es que alguna vez la expresamos, parece más bien una muestra de aprobación ó un aplauso. ¡Ah qué vd! ¡Es vd. incorregible! ¡Vd. como siempre! ¡Vd. no tiene remedio!.... Es lo más que solemos de-

en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios.... ¡Es verdad que me lo concederá?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

cirles entre sonrisas afectuosas, y sin interrumpir nuestra cordial y animada conversación.

Se me ocurre que podíamos formar una Asociación cuyo objeto fuera, sin salir de los límites de la buena educación, manifestarles el desprecio que nos inspiran á todos esos que desprecian el nombre de Dios y nuestros propios sentimientos.

¿No crees, mi dulce amiga, que debemos hacer algo por Dios, cuando otros hacen tanto por Él? Sin ir muy lejos tienes el santo Sacerdote que dirigió tus Ejercicios, á quien conociste de joven catequista, y hoy ocupa uno de los puestos más elevados de la gerarquía eclesiástica, á los que no se llega sino con las alas del talento y la virtud, y desde el que está ganando tantas almas para Dios. No solamente la tuya y la de todas tus compañeras de Ejercicios: la mía y la de todos los que lean tus cartas, que deben ser leídas, que nece-

sa de entrar á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-



sitan ser leídas, porque están destinadas á producir maravillosos efectos. No creas, mi buena Elvira, que te adulo; tú has escrito bajo la influencia de las impresiones de la gracia, y puedo decirte que tus cartas están escritas por ese virtuoso y sabio Sacerdote, puesto que por su mediación Dios te inspiró su contenido.

Yo tampoco sabía lo que era examen particular: había oído esta palabra, y le había dado una significación muy diferente de la que tiene; y como lo que tú me dices no lo veo bastante claro, no porque falte claridad en la exposición de tus ideas, sino por lo extraña que soy á los asuntos espirituales, quise fijar bien el sentido de este concepto, y voy á decirte cómo lo logré.

Volví á encontrar en la casa de la Sra. L. . . al caballero aquel que me echó mi *resoplido* que tan mal efecto me hizo. Mi primera impresión fué de desagrado, pero pronto se cambió: no sé si porque

en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios . . . . ¿ Es verdad que me lo concederá ?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

y estoy segura de que si supieras ó hubieras sabido al escribirlas el bien que me hacen y el que están destinadas á hacer, te habrías detenido en ellas tan-

me hice un esfuerzo para dominarla, ó porque ese señor me trató de muy distinta manera: me dió la mano con cierta cordialidad, me saludó con algo que me pareció distinción, y después de un rato, aprovechando ese silencio que es tan común en todas las conversaciones, hice lo que sin tus cartas jamás habría hecho: un sacrificio de mi amor propio.

—He tenido,—le dije,—muchos y muy gratos motivos de acordarme de vd.

—A ¿ qué debo esta honra tan inmerecida, señorita?— me contestó, dando á sus palabras un acento tan cortés, tan expresivo y tan suave, que hizo desaparecer el estado de violencia en que yo acababa de colocarme.

—Tengo una amiga en Durango— le dije,—que es para mí una hermana; acaba de entrar á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-



sitan ser leídas, porque están destinadas á pro lucir maravillosos efectos. No creas, mi buena Elvira, que te adulo; tú has escrito bajo la influencia de las impresiones del

cicios; y como el otro día oí á vd. hablar de ellos!....

Signió la conversación girando sobre este punto, y á medida que mi interlocutor hablaba, yo sentía aumentar se en mí estos deseos; y cuando la conversación se formalizó, ya este señor me había inspirado confianza y simpatía.

Animada por esto, le pedí la aclaración que deseaba, y me la dió con tal claridad, que me dejó completamente satisfecha; pues después de haberme demostrado que todos tenemos uno ó varios defectos ó pecados dominantes, que conviene conocer para atacarlos y examinar para conocerlos, se sirvió de una comparación que hace no recuerdo qué santo ó qué escritor, que no puede ser más gráfica ni más persuasiva. Si se quiere reventar una cuerda, aunque sea delgada, no se conseguirá á pesar de los más grandes esfuerzos; pero si se van rompiendo uno por uno los hilos de que

y estoy segura de que si supieras ó hubieras sabido al escribirlas el bien que me hacen y el que están destinadas á hacer, te habrías detenido en ellas tan

está formada, pronto quedará reventada toda, aunque sea muy gruesa.

Al fin quedamos muy amigos, y me ofreció regalarme mi boleto para la primera tanda que haya, y al despedirme, no me dijo Señorita, sino que me llamó por mi nombre.

Tienes razón en decir que la comida te pareció buena y suficiente; pues como yo, desde que me posesioné del espíritu de tus cartas, hablo de los Ejercicios, que son mi sueño dorado, con todos los que puedo, todos me dicen que la comida que se sirve á los ejercitantes, es buena, abundante, sustanciosa y esmerada, y que en esto tienen un empeño particular los Padres Directores: ya para que esté bien satisfecha una de las más imperiosas necesidades del cuerpo, ya por evitar á las personas bastante exigentes en este punto, hasta el más leve motivo de contrariedad ó desazón que turbe la tranquilidad del espíritu.



sitan ser leídas, porque están destinadas á producir maravillosos efectos. No creas, mi buena Elvira, que te adulo: tú has escrito bajo la influencia de las impresiones...

La Sra. de L.... cuya virtud, como sabes, es edificante, y ha tenido varias veces la dicha que tú acabas de disfrutar y que yo tanto ambiciono, me dice que los PP. del Oratorio de San Felipe Neri, entre las advertencias que hacen el primer día, figura la de que todo lo que necesite la ejercitante lo pida á la Celadora encargada de la administración de la casa, quien tiene la orden de servir inmediatamente todo pedido; y que en unas hojas impresas que están en los aposentos, se autoriza al ejercitante para designar lo que quiera que se le sirva por desayuno y cena. No puede llegar á más la solicitud, el cuidado, el empeño y la caridad de estos simpáticos, finos y virtuosos Sacerdotes.

Me dices que no tema creyendo que te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de tí, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

y estoy segura de que si supieras ó hubieras sabido al escribirlas el bien que me hacen y el que están destinadas á hacer, te habrías detenido en ellas tanto cuanto lo requiere el asunto que en ellas tratas.

Pero ¡ay! que tal vez esta cortedad es estudiada: pues cada una de tus cartas, cada uno de los episodios que en ellas pintas, cada uno de los conceptos en que los expresas, deben ser el objeto de serias y profundas meditaciones.

Sin esfuerzo comprendo la impresión que te causó el ruido mundano, que con más exactitud pudiera llamarse infernal, que fué con sus músicas de orgía á perturbar la paz de tu retiro. ¡Qué contraste! ¡El alma, sublimada por la meditación de las Verdades Eternas, y los sentidos degradados por el sensualismo de los errores temporales! ¡Y qué errores! ¡Perder la dignidad humana! ¡Abdicar la circunspección, la formalidad, la discreción y todo lo que enaltece y reco-

nen entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándo-



mienda al hombre! ¡ Ocultar la personalidad bajo los harapos de un arlequín y el rostro bajo un girón de tafetán! Fingir la voz, faltar á las consideraciones sociales en todos sentidos, danzar sin saber con quién y cometer tantos actos inconvenientes, ridículos, peligrosos, y lo que es más, ofensivos á Dios!

Yo no sólo siendo cristiana, pues aunque mala y muy mala, me glorío de serlo; si fuera pagana, estoy segura de que aun en medio de los errores del asqueroso paganismo, repugnaría las diversiones del Carnaval.

¡ Qué frivolidad la mía cuando en la carta que te escribí á tu salida, sin pensar siquiera en los sentimientos delicados que conmovían tu corazón y en los pensamientos graves que llenaban tu espíritu, me limité á preguntarte qué personas entraron á los Ejercicios! ¡ Y cuánta fué tu benevolencia, ó por mejor decir, tu caridad, al no darme la contestación que merecía mi ligereza! . . . Pero per-

te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de tí, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

dóname, mi buena amiga, perdóname y compadéceme; perdóname, pues ya tus cartas me han hecho otra; y compadéceme, porque no he gustado la dicha que tú estás aún saboreando.

Sin la menor resistencia he seguido uno por uno todos tus pasos, pues me has hecho participar de tus meditaciones.

De qué manera tan práctica se muestran en los Ejercicios las ventajas materiales y espirituales que resultan de una prudente distribución del tiempo!

¡ Acostarse á las diez! — exclamarán sorprendidas las gentes del mundo, y sobre todo del gran mundo, que viven de noche, es decir, que mueren de noche, puesto que de noche pecan: pues velar de noche, como ellas velan, y dormir de día, como ellas duermen, equivale á perder el día y perderse en la noche: acostarse á las diez, equivale á trasformarse en gallinas. Pero el hecho es que acostándose á las diez, á las

ven entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándo-



cinco de la mañana, como tú lo haces notar, ya se han dormido siete horas y el cuerpo ha descansado, y no ha sentido el malestar y la irritación de la desvelada, y recibe, fuera de la cama, el aire fresco del día, y el alma puede consagrar á Dios las primicias de él, y se tiene tiempo suficiente para la oración, la Misa y todos los actos que ocupan en la mañana al Ejercitante, en los que de una manera natural y fervorosa se consagra á Dios, cuando lo considera bajo el múltiple aspecto con que tú me lo representas: como último fin del hombre, como Salvador, como Padre, como Médico, como Dueño de nuestra vida, como Juez Supremo, como Rey de reyes y Señor de los que dominan.

No sé qué siento, Elvira mía, cuando pienso en que á la hora que yo me levantaba, sin haber hecho nada de utilidad, tú ya habías hecho tanto y de tanto provecho.

Siento que me arde la cara de ver-

te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de tí, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

güenza al ver que me dices que soy buena: frase que, si no brotara del cariño fraternal que me profesas y de la caridad ardiente en que te abrasas, no podría tener su origen más que en la ironía.

¡Cómo puede ser buena el alma que está casi olvidada de Dios, que en nada le sirve, que tanto le ofende y que está perdiendo y malgastando un tiempo precioso, con el que podría conseguir su salvación!

No, amiga del alma; no lo repitas, no soy buena, pero sí deseo serlo; si trabajaré por serlo; si pediré á Dios su gracia para serlo, pues es ya un hecho, y he formado esta resolución inquebrantable: no celebraré mi matrimonio, sino hasta que haya tomado los Ejercicios.

Entonces se realizará el deseo que me expresas, pues entonces me encontraré «arrobada en las complacencias de la verdad, que es la posesión del Sumo Bien, que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual.»

nen entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándo-



No me es posible decirte lo que me has hecho sentir al hablarme del pecado, que antes de ahora había pasado casi inadvertido, y que hoy en todas partes se me presenta, por todas partes me rodea y en todos sentidos me ataca: en la conversación, en la lectura, en las ocupaciones y hasta en el templo, pues hasta en el templo veo á esos desgraciados que el autor del precioso librito que me regalaste, designa con el expresivo título de *Los decadentes del Cristianismo*, entre cuyo número... ¡qué horror, Elvira mía, yo también me encuentro! Pero ya no me encontraré entre ellos, después que éntre á Ejercicios!

«¡Cuánta falta — me dices — hacen á las mujeres las buenas lecturas!» Y yo te diré que también á los hombres; pues las lecturas infiltran en el espíritu, donde penetran sin ser analizadas ni discutidas, las ideas que van después á derramarse en la conversación y á extender sus estragos.

te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de ti, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

los anotó en su cartera el padre, que se mostró muy agradecido.<sup>1</sup>

En  
ner i

Hoy las malas lecturas se hallan tan generalizadas, que su esfera de acción no tienen límite.

En los trenes del ferrocarril la lectura explota la ociosidad forzada de los pasajeros, que se aburren y que aprovechan la oportunidad que primero se les presenta para *matar el fastidio*. En todas las estaciones compran algo y comen algo, yo creo que no porque tienen necesidad de comer, sino por hacer algo. Pues en estas circunstancias la lectura viene á extender ante sus ojos y depositar frente á sus asientos seis ú ocho volúmenes, generalmente á la rústica, que en la cara exterior llevan un grabado propio para excitar la curiosidad que nunca duerme, y la pasión que siempre vela; y á poco andar, ya varios pasajeros tienen entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándolo libro y  
— Pues



No me es posible decirte lo que me has hecho sentir al hablarme del pecado, que antes de ahora había pasado casi inadvertido, y que hoy en todas par-

se un ojo, es decir, dominando su curiosidad.

Como ya tú me enseñaste á abusar del estilo epistolar, entrando en digresiones, te voy á referir un hecho que pasó á mi vista en el ferrocarril C.... cuando me trasladé de Z.... á M....

En el asiento que estaba al lado del nuestro, viajaba un individuo, en el que noté empeño particular de aislarse, y en parte lo consiguió, merced á un libro cuya lectura parecía absorber su atención por completo.

Y digo en parte, porque al pasar por allí otro pasajero, que se dirigía á uno de los extremos del coche, fué reconocido por él y le habló por su nombre.

Cuando el pasajero volvió á su asiento, se detuvo en el de su conocido, se sentó enfrente de él y trabó conversación, de la que yo me impuse, pues estaba muy cerca.

A los pocos minutos llegó á ese lugar una simpática joven, de aspecto distin-

los anotó en su cartera el padre, que se mostró muy agradecido.<sup>1</sup>

En cuanto al periódico, no puedes tener idea de cómo pululan esas hojas vo-

guido, figura interesante, que parecía tener de diez y seis á diez y ocho años, y en cuyo conjunto se transparentaban el candor y la inocencia de la primera edad.

—Mira, papasito, lo que compré—dijo al pasajero que allí se había detenido, mostrándole un libro empastado en tela azul, recargada de adornos dorados.

—Bueno, hijita—le contestó el padre, sin interrumpir su conversación más que para presentarla á su interlocutor.

—Me costó doce reales—agregó la joven con la sencillez de una niña;—¿verdad que es muy barato?... Ya me voy á mi lugar, pues no más vine á enseñártelo.

—¿Me permite vd., señorita—dijo mi vecino—que vea su libro?

—Con mucho gusto—contestó la joven, con vivas muestras de contrariedad, pues tenía alboroto por leer ese libro y por ver sus estampas.

—Pues mil gracias—contestó el im-